

propusieron hacer un templo tan célebre como el de S. Pedro de Roma; pero la diferencia entre uno y otro templo es la que hay entre un campo de primavera y un campo de invierno. El uno variado, fresco, aromático, lleno de animacion y de vida; el otro eriazo, monótono, frio y triste.

Todo esto tiene su explicacion.

El protestantismo es el invierno de las artes. El protestantismo es el enemigo capital de la poesia, de la pintura y de la escultura. Quitad á las iglesias sus altares, sus flores, su incienso, sus cantos y sus melodías, y en vez de un templo no tendréis mas que un inmenso panteon, frio, triste y desnudo como S. Pablo de Lóndres.

Desterrad de los santuarios las pinturas religiosas y las imágenes de los santos, y habreis inutilizado el cincel de Miguel Angelo y el pincel de Rafael y de Murillo.

Esta es la causa porque los ingleses han podido hacer los diques y el Tunel; pero aunque gasten millones de libras esterlinas y centenares de años, jamas podrán hacer una cosa ni aun parecida, á la Catedral de Milan ó de San Pedro de Roma.

Debajo del altar mayor de S. Pablo hay una cripta, y en esa cripta un sarcófago de mármol negro delante del cual arde una lámpara á cuya luz indecisa se leen estas palabras: "*Horacio, vizconde de Nelson.*" A poca distancia hay otro sepulcro cubierto con una plancha de bronce en la

cual está grabado lo siguiente: "*Sir Antonio Van Dick.*"

Cerca de este sepulcro hay otro, y en la lápida que lo cubre se lee la siguiente inscripcion:

*"Debajo de esta lápida reposa*

*El constructor de esta Iglesia y arquitecto de la ciudad,*

*CRISTOBAL WREN,*

*Que vivió cerca de noventa años,*

*No para él, sino para el bien público.*

*Lector, si tú visitas este monumento,*

*Mira atentamente lo que te rodea."*

Juntos duermen el sueño perdurable de la muerte el pintor de Carlos I, el vencedor de Trafalgar, y el infatigable arquitecto que durante los dos tercios de su vida se ocupó de embellecer á Lóndres y de trabajar, como dice con mucha verdad el epitafio, no para él, sino para el bien público.

Pero estos tres hombres, cada uno eminente y sublime en su profesion, tuvieron durante alguna época de su vida, sinsabores y contradicciones de un mismo género.

Van Dick fué, como se sabe, discípulo de Pedro Pablo Rubens, y dió á conocer su talento con motivo de haber retocado el brazo de la Magdalena,

y la mejilla de la Virgen del famoso cuadro del Descendimiento que pintaba el maestro y que fué borrado por uno de los discípulos que jugaba con otro. Cuando Rubens volvió al día siguiente à su taller, contemplando atentamente las figuras, dijo:—En verdad que lo mejor que hice ayer fué el brazo de la Magdalena y la cabeza de la Virgen.

Esta anécdota forma en verdad todo el elogio y la mas completa calificación del talento de Van Dick.

Separado del lado de su maestro partió para Italia, viajó por toda ella y se radicó algun tiempo en Venecia, estudiando el estilo del Ticiano y de Pablo Verones.

Es de suponer que los viajes y los estudios habian perfeccionado su talento y que regresó à su patria mejor artista que lo que era al dejarla; pero no fué así, al ménos por la calificación de unos canónigos.

Llamado à la catedral de Courtray, ajustó con el cabildo un gran cuadro para el altar mayor, y partió para Ambéres, su país natal, donde se dedicó con empeño à trabajar.

Así que concluyó su cuadro, que representa à Jesucristo en el acto de ser elevado à la cruz por los verdugos, regresó à Courtray con el objeto de colocar personalmente el cuadro.

Los canónigos acudieron llenos de gusto y de alborozo luego que supieron la llegada del pintor, el

cual rehusó enseñarles la pintura, manifestándoles que no podria conocerse todo su efecto ni su mérito, sino despues de que estuviese colocado en el lugar que le correspondia.

Los canónigos, curiosos como unas mugeres, cedieron en la apariencia à las razones del artista, y al día siguiente se dirigieron à la iglesia, quitaron la tela que cubria el cuadro y se puso todo el coro entero à examinarlo.

Van Dick llegó à este tiempo y aunque algo amostazado por la especie de traicion de los canónigos, consideró al ver la atencion con que contemplaban la pintura, que recibiria una salva de elogios y parabienes; pero fué muy al contrario, pues apenas los venerables prelados notaron la presencia del artista, cuando quitando los ojos del cuadro se rodearon del pintor y uno le decia que la figura de Jesucristo se parecia à la de un cargador; otro, interrumpiendo la palabra exclamaba que las demas figuras eran unos verdaderos mascarones; los mas moderados y entendidos decian con un acento de compasion que era una lástima que el claro oscuro estuviese muy mal comprendido, y que la encarnacion y el colorido de las carnes fuese tan escogido.

Van Dick era de un caracter violento, y probablemente habria dado sobre todos los canónigos y hecho, como suele decirse, una diablura en la misma iglesia, à no habérsele impedido la misma sorpresa

y estupor que le causó la intempestiva andanada con que fué recibido. Antes de que él hubiese podido reflexionar lo que le pasaba, le volvieron la espalda los canónigos, diciéndole que no era mas que un miserable embarrador, indigno de pintar ni aún las muestras y letreros de las tiendas.

Van Dick se retiró lleno de cólera, de vergüenza y despecho, sin tener mas consuelo en ese lance, que la voz amistosa de dos ó tres criados que presenciaron la escena y que le aconsejaban que se llevara su lienzo y que lo destinara para forrar alguna ventana.

El lienzo sin embargo, permaneció en el altar mayor, y los canónigos pagaron el precio convenido, aunque con mucha repugnancia, repitiendo las invectivas y denuestos contra el desgraciado artista.

Andando el tiempo algunos curiosos é inteligentes en la pintura, visitaron la catedral, ecsaminaron el cuadro y encontrándolo muy bello y bien acabado, publicaron por todas partes los mas grandes elogios.

Aunque Van Dick no contó á nadie la aventura, todo el mundo la sabia con sus mas insignificantes circunstancias, y como de ello no resultaba ningun honor al buen gusto y talentos artísticos de los canónigos, se reunieron en cabildo extraordinario y declararon despues de una acalorada discusion que la figura de Jesucristo que les habia parecido la de

un cargador, era noble y sublime; que las demas figuras eran naturales y espresivas; que la luz y las sombras estaban muy bien entendidas, y que la encarnacion era delicada; en una palabra, que el cuadro todo era muy bello, y que para reparar la injusticia que se habia cometido con el pintor, se le mandasen pintar de cuenta de los fondos de la iglesia otros dos ó tres cuadros. ¡Inconcebible volubilidad é inconsecuencia de los cuerpos deliberantes!

Cuando Van Dick recibió la carta de los canónigos, que contenia todas estas esplicaciones, contestó secamente que supuesto que habia bastantes embadurnadores en la ciudad de Courtray y sus cercanías, á cualquiera de ellos podrian dirigirse para que les hiciera los cuadros; que en cuanto á él, estaba resuelto á pintar en lo sucesivo para hombres racionales y no para asnos.

Los canónigos en venganza de esta dura respuesta mandaron pintar los dos cuadros á Gaspar de Crayer. El uno representa la Santísima Trinidad, y el otro el martirio de Santa Catarina.

Tanto estos cuadros como el que ocasionó la disputa que acabamos de referir, se hallan en la Colegiata de Nuestra Señora de Courtray, y son admirados por todos los inteligentes y clasificados como las obras maestras de la escuela flamenca.

Por insignificante y despreciable que parezca una ocurrencia de estas, en la vida espléndida y llena de triunfos de un artista aparece siempre co-